

bordan, en esas copas de zafiro llamadas los lagos de Suiza.

¿Cómo en el seno de esta naturaleza hablar de las cóleras, de las luchas, de las venganzas de los hombres? ¿Cómo, al ver la creación inmortal, engendrando siempre, haciendo de la muerte una metamorfosis de la vida, evocar el recuerdo de la política actual con sus pasiones implacables, con sus guerras inminentes, con su desolador fanatismo? Los hombres han querido manchar la naturaleza y no lo han logrado. La enturbian alguna vez; pero no la oscurecen jamás. La sangre que allí vertieron, háse por completo borrado de las aguas de Trafalgar y de Navarino. Sobre Morats, sobre Waterlóo, en aquellas colinas de cadáveres, en aquellas cañadas de humanos huesos, en aquellas sepulturales llanuras, la sávia de la vida ha ocultado los despojos del odio, y ha elevado una vegetación donde van á alimentarse innumerables séres. Pero en el mundo de la política, en ese mundo superior á la naturaleza, los errores son irreparables, las desgracias eternas. ¿Quién volverá á la libertad las generaciones muertas en la servidumbre? ¿Qué mano será capaz de levantar otro Partenon sobre las ruinas del antiguo con la espontaneidad y la fidelidad con que la naturaleza abre una flor, ó brota un tallo en el mismo sitio donde otra flor ú otro tallo se han secado? ¿Quién podrá recuperar los extragos de un día como el día de Farsalia, ó de una noche como la noche de Filipos, en que mueren la libertad y la república romana? ¿Serán los emperadores que llenan por cinco largos siglos el mundo de podre? ¿Serán los bárbaros que vienen á curar esta podredumbre con el hierro y el fuego, con el incendio y la matanza? Por eso la libertad humana, que levanta un mundo, el mundo del arte, del derecho, de la religión, del Estado, sobre ese otro mundo inferior de la naturaleza, debía, sin perder su fuerza moral, que es la característica de su sér, y sin

renunciar á la lucha, que es el aguijón de sus progresos, imitar en su regularidad, en su armonía, en su perfección al Cosmos, y dar á sus propias leyes dictadas por el humano arbitrio una espontánea, sí, pero completa y absoluta obediencia.

Mas, ¿qué no mancharán los hombres, cuando manchan la idea religiosa? ¿Conoceis algo que más haya sostenido, inspirado, consolado, fortalecido al género humano que la idea religiosa? Naceis, y os habla de un origen divino y de una prosapia casi angélica; creceis, y os abre al vuelo de la imaginación sus horizontes eternos, á los vagos ensueños de la mente el néctar de sus leyendas; sentís, y consagra con la eternidad el amor, con la santidad de sus ritos, los goces de la familia; pensais, y os habla Dios, de la creación, del arquetipo eterno de todas las ideas, del principio y fin de todas las cosas, del Océano de luz en que se bañan el espíritu y la naturaleza; padeceis, y os mueve á la conformidad, á la resignación, á tomar los dolores como necesarias regeneraciones, las lágrimas como necesarios bautismos; envejeceis, y os purifica y os renueva la vida con sus eternas esperanzas; morís, y despues de haberos fortalecido para el último combate y consolado en la última agonía, se asienta sobre la losa del sepulcro, batiendo sus alas de ángel, alargando su immaculado brazo, resplandeciente de luz, en medio de las tinieblas de la muerte, para señalaros con su mística mirada una vida sin límites en el seno ¡humildes criaturas! de vuestro divino Criador.

¡La religión! Dios la había puesto en las cimas de la vida, para que fuese un manantial clarísimo de consuelos, y los hombres la han hecho un manantial cenagoso de odios. Desde el Vaticano, desde el centro de la idea religiosa, se predica el absolutismo, el eterno origen de la guerra. Se levanta un día extraño, fanático, medio perdido de demencia, á apuntar y asestar una bala al hombre que ha engrandecido su patria, y algunos

periódicos religiosos evocan las antiguas teorías sobre el tiranicidio. Habla Disraeli en la Cámara de los Comunes, y anuncia inminentes catástrofes á Europa. Cualquiera creería que el origen de estas catástrofes iba á estar en las cuestiones territoriales ó en las cuestiones de raza, y declaran los hombres de Estado ingleses que lo más sombrío, lo más negro del horizonte político es la cuestión religiosa. Gladstone se levanta y confirma estos recelos, y repite la expresión de estos acerbos temores y les da por causa principal, por causa única el absorbente cesarismo religioso, con lo que molesta y hiere al jefe ilustre del movimiento alemán.

Hasta la tranquila Suiza aparece profundamente conmovida. Elogiaba yo á un trabajador ginebrino, dotado de ese maduro juicio que dá la práctica constante de la libertad, el admirable espectáculo de esta democracia, tan soberana de sí misma y tan esclava de las leyes, libre y pacífica con todos sus derechos, y sobre todos sus derechos asentados, como sobre leyes incontrastables, el orden más completo y la moralidad pública más pura. Hacíale notar cómo los partidos enemigos de la Constitución últimamente promulgada, cual ese partido ultramontano de Lucerna, despues de haber combatido el nuevo Código en la lucha más desesperada, se someten á él con la abnegación más heroica, y lo practican con la escrupulosidad más sincera. Recordábele las oportunas palabras del presidente de la Confederación, evocando la memoria de aquellos partidos, que mientras se discutió el Código de 1848, lo combatieron sañudamente, y cuando se ha tratado, á los veinte años, de alterarlo, han tenido que defenderlo, como si fuera su propia obra; todo lo cual inspiraba la esperanza de ver á esos mismos partidos, hoy tan alarmados, defender dentro de veinte años la Constitución de 1874, cuando llegue la sazón de alterarla con necesarias reformas. De todo esto, de la facilidad

con que los cantones y los partidos derrotados en la última contienda electoral, se han sometido á la mayoría, sacaba yo la consoladora consecuencia de que la democracia, la libertad, la República nada podían temer ya en el privilegiado suelo de Suiza.

Peró observó mi interlocutor que hay algunas sombras y espesas en esta bienandanza, como por ejemplo, la cuestión religiosa. Efectivamente, hace ya algún tiempo, me quejaba yo de que los gobiernos suizos, desconociendo la verdadera naturaleza del Estado y la necesaria independencia del derecho, salieran de los estrictos límites señalados á su autoridad para legislar sobre el dogma, que es privativo de las respectivas Iglesias, y sobre la fé, que es privativa de cada conciencia. A lo más que tiene derecho un gobierno, es á regular las relaciones del Estado con la Iglesia; pero definir el dogma, señalarlo, mandar ó prohibir que se crea en la Infallibilidad, tener por más católicos á los que acepten el Concilio Vaticano, por más protestantes á los que exageran el principio de la gracia divina, todo eso es atender á la libertad del pensamiento, violar la conciencia humana, atribuirse facultades en oposición abierta con el carácter laico del Estado moderno, y reabrir el largo sangriento período de las guerras religiosas con una derogación de las ideas democráticas, en que debe animarse toda verdadera República.

Y en efecto; el Padre Jacinto ha publicado una carta, separándose de la llamada Iglesia católica liberal, sin duda porque nada tiene de Iglesia, de liberal, ni de católica. Yo he tenido siempre por el Padre Jacinto la admiración que por todos los grandes oradores. Recuerdo el día que le ví predicar por vez primera. Un amigo me proporcionó el asistir á un sermón y á una misa de Cuaresma en la capilla del palacio imperial con asistencia de los emperadores. Un cardenal había predicado muy mal despues del Evangelio, y la célebre Nillson había cantado muy bien, maravillosa-



mente en el alzar á Dios. El sermón del cardenal, lleno de espíritu político más que de espíritu religioso, me había causado honda y penosísima impresión, pues no hay que buscar las cimas del idealismo en sociedad donde hasta el púlpito se oscurece con nuestras sombras y se agita con nuestras bajas tempestades. Escribía entonces para los folletines de un periódico liberal de América revistas, digámoslo así, fisiológicas de la gran ciudad de París y estudiaba desde las manifestaciones políticas, hasta las manifestaciones religiosas; desde sus costumbres hasta sus ideas. En Cuaresma iba á las Iglesias. Ví en una noche de esta época de penitencia entrar las gentes con precipitación y con interés, en gran número, á una modesta Iglesia, y entré. Predicaba un fraile, en su traje monástico, cosa de mí jamás presenciada por las Iglesias de nuestra católica España, y debo decir que aquel traje le daba aspecto artístico, y aumentaba esa majestad exterior, á que hemos llamado con los latinos prestancia oratoria. Su voz de tenor, clara, llena, flexible á las menores emociones, expresiva, ora sibilante, cuando la llenaba acre ironía; ora tierna y lacrimosa, cuando la henchía el dolor, ora sonorísima como el trueno del Sinaí, me encantó, me sedujo, me petrificó allí hasta el punto de que no hubiera podido moverme, gracias al magnetismo de su magia. Yo no he podido explicarme á satisfacción el decaimiento en nuestro siglo de la oratoria religiosa, en este siglo que ha engendrado en la oratoria política, cuando apenas se había extinguido la voz de Chatam, de Mirabeau, y de Vergniaud, una pléyade tan luminosa de grandes oradores. Las ideas teológicas son por sí mismas elocuentes. A Bossuet le es muy fácil tocar hasta las últimas fibras del corazón humano con la sencilla frase: «Madame ha muerto» y le es muy difícil á Pitt conmover á nadie con una cifra del presupuesto. Si la elocuencia religiosa hubiera sido posible en nuestro tiempo, ¿se concibe que no la abrazaran dos

oradores tan grandes como Lamartine y Donoso? El primero hubiera sido tierno y dulce cual San Juan al escribir su Evangelio, y el segundo tonante y sublime cual Ezequiel ó Isaias entonando sus endechas. Cuando dos almas así no abrazaron la carrera religiosa, es porque indudablemente el siglo no tiene vocaciones teológicas. El Padre Jacinto parecía destinado á operar una renovación. Su voz tiene unción, su estilo sobriedad y sencillez, sus ideas frisan muchas veces con el tipo de lo verdaderamente hermoso, y algunas veces con el tipo de lo sublime. Un espíritu democrático liberal, en consonancia con el Evangelio, corría por aquellos sus candentes períodos, y les daba la delicia que á calurosos días refrigerantes brisas. Yo lo oí con fija atención, hasta con verdadero entusiasmo, y le deseé que no se deslizara por la pendiente de la política diaria. Así podía, con verdadera independencia de los intereses del momento, y de las pasiones de partido, recordar á los humildes cómo se precipitan prontamente en la servidumbre los pueblos faltos de un freno moral, y á los poderosos cómo se estrellan contra lo imposible y lo absurdo en el empeño de borrar estas tres ideas de libertad, de igualdad, de fraternidad, consagradas todos los días en los altares, cuando se consagra y se conmemora el sublime sacrificio de Cristo en las aras inmortales de su Calvario.

Pero el cielo no oyó mis votos, y el Padre Jacinto no correspondió á mis esperanzas. Comenzó por asistir á las sesiones de la sociedad, de paz perpétua, y concluyó por entrar en plena tormenta política. Mas ya que había entrado en la política deseaba yo ver el sacerdote católico defendiendo la libertad sin separarse si era posible del dogma. Los que en el combate entre la razón y la fé, hemos optado por la razón, verdaderamente no tenemos derecho á descorazonar á cuantos intenten con desinterés completo reanudar la rota armonía. Por lo mismo que lo hemos intentado, y no lo hemos conseguido

yéndose unos con la fé, yendo nosotros con la razón, debemos atribuir la desgracia más que á lo imposible de la empresa en sí á lo escaso de nuestros méritos, y á lo débil de nuestras fuerzas. Pero bien pronto el Padre Jacinto se salió casi por completo de la ortodoxia católica.

Aun tenía yo esperanzas de que volviera sobre sus pasos y desanduviera el camino andado, saliendo de las vías políticas, para entrar en las puras vías religiosas, y desde ellas, sin más pensamiento que el culto á la verdad, sin más interés que la práctica del bien, mostrara á unos el espíritu social y disciplinario, á otros el espíritu democrático y republicano del Evangelio, á todos la necesidad de elevarlo nuevamente á ideal de esta vida para combatir y contrastar el utilitarismo y el egoísmo de este siglo.

Leí una carta suya que profundamente me conmovió de nuevo, y me recordó el fraile humildísimo de la Iglesia de París. Era tierna dedicatoria á uno de sus compañeros de San Sulpicio, muerto en el ministerio del Episcopado. Sobre todo, cuando hablaba del sacrificio de los goces purísimos de la familia, para adoptar la inmensa familia de los desgraciados, su elocuencia arrancaba á los más empedernidos lágrimas de dolor y de ternura. Decid en buen hora cuanto queráis sobre la vida sacerdotal, sobre sus privaciones, y sobre los peligros de estas privaciones; tiene grandeza moral, grandeza real, aquel hombre que en la primavera de la vida, en el hervor de la sangre, renuncia á todo lo que más habla á un tiempo al espíritu y al sentido, para consagrarse á la fundación de las ajenas familias con el mismo interés que si fueran propias, para luchar con el mal, para persuadir á los descreídos, para enderezar á los descarriados, para sostener á los enfermos, para consolar á los moribundos, para recoger y guardar en sus altares las cenizas de los muertos cuando todos los abandonan, y en sus oraciones el recuerdo de los muertos cuando to-

dos los olvidan; para dejar á los demás todos los goces y beberse á tragos toda la hiel de la vida. Pero á los pocos meses de haber escrito la apología de este sacrificio, el Padre Jacinto se casó, y se casó con la extraña pretensión de ser tan católico y tan clérigo como antes de su casamiento. Y luego convino con el gobierno federal de Suiza y con el Consejo de Estado de Ginebra en presidir una Iglesia que se llama la católica y prescindía del Papa, que se llamaba liberal, y se ponía con sobra de servidumbre y falta de independencia á servicio del Estado. Y ahora se aparta de esta Iglesia también. Y juzga de muy varias maneras su conducta. Unos dicen que ha querido protestar contra la exoneración por el Estado de los curas ortodoxos, y contra el juramento semi-político exigido á estos y atentatorio á la libertad de conciencia. Sus antiguos enemigos le juzgan duramente. Al vuelo he cogido dos ideas. Primera: que el Padre Jacinto es demasiado impresionable y voluntarioso. Segunda: que el Padre Jacinto después de tantos rompimientos con Roma guarda en concepto de sus nuevos correligionarios sobrada fidelidad á Roma. Esto ha venido hoy abrir las heridas y á renovar las zozobras religiosas.

Pero al fin todo paró en la purísima esfera del debate. Yo conozco una tierra, la tierra de España, donde hay muchos sacerdotes que en vez de cumplir el mandamiento fundamental impuesto por Cristo á su divino ministerio, de ir entre las gentes como ovejas entre lobos, van como lobos entre ovejas; y las manos que debían empuñar la cruz, empuñan el trabuco; y los cuerpos que debían ceñir la albátunica del sacerdocio ciñen el uniforme del faccioso; y los labios que debían proferir bendiciones en el templo del Señor, profieren maldiciones en el campo de la guerra; y el pensamiento que debía resucitar á los muertos, como Cristo resucitó á Lázaro, mata á los vivos como Neron ó como Domiciano, siendo horror de la conciencia humana y lu-



dibrio y mengua de nuestro glorioso nombre.

Pero volvamos al Padre Jacinto. A no dudarlo, el buen carmelita comprende que su union con el Estado, aunque haya sido un Estado tan republicano como Ginebra, daña hondísimamente á su ministerio y á su obra. Los sectarios son más intolerantes siempre y ménos ilustrados que sus maestros. El Padre Jacinto ha querido enseñarles que las obras religiosas deben brotar de la espontaneidad social, y no de la coaccion autoritaria, cuando querian á toda costa que el Estado persiguiera á sus antiguos correligionarios, y los amparara pródicamente á ellos. Querian además que les entregara el templo de Nuestra Señora, obra de los católicos ortodoxos, levantada con sus limosnas, resplandeciente de su espíritu, contraria desde las piedras hasta los cuadros al espíritu que anima á la nueva secta. Y querian que se obligase á los curas á prestar juramento á muchas leyes que nada se relacionan con la política y con las instituciones, á muchas leyes de carácter religioso, y por lo mismo incompatibles con sus sentimientos, con su conciencia, con toda su fé, con toda su vida. Querian inaugurar una campaña, una guerra religiosa, que ha repugnado al predicador, de fé en el poder de la palabra y al sacerdote, de fé en la virtualidad de las ideas. Querian llevarlo todo á sangre y á fuego. El Padre Jacinto se ha despedido de ellos y ha declarado que la Iglesia católica liberal de Ginebra ni es católica, ni es liberal, ni es Iglesia. Pero todos los hombres de recta conciencia echarán siempre en cara al Padre Jacinto haber aceptado en su propaganda el apoyo del Estado, al cual sólo debió pedirle garantías para la libertad. O la obra de la renovacion religiosa se verifica por la pura predicacion, ó no se verifica de ninguna manera. Bien es verdad que para cier-

tas obras se necesita, no solamente de la voluntad y del pensamiento de los evangelistas, se necesita encontrar disposicion y aptitud conveniente en los que vais á ser evangelizados. Cuando vino Cristo, los corazones se entregaban á la esperanza; las promesas mesiánicas se divulgaban desde Jerusalem hasta Alejandria; las gentes tomaban por redentor y por profeta al primero que iba al desierto y se ponía de rodillas y en penitencia; las ideas de Isaías relampagueaban en los versos de Virgilio; los profetas volvian á levantarse en sombras augustas por las colinas de Sion y las sibylas por las grutas de Cumas; lloraban las ondas del Mediterráneo, allá por el cabo Miseno, la muerte de los dioses que las habian hermoñado; y se abrian las puertas de los templos á un viento misterioso como los senos de la conciencia á misteriosas ideas; el Redentor no tenia más que presentarse para ser seguido y aclamado por las gentes. Lo mismo pasaba cuando vino Lutero. Tres siglos lo habian preparado. San Francisco habia hecho una leyenda para él; Savonarola y Juan Hus, habian muerto, el uno en la plaza de Florencia, el otro en las orillas del lago de Constanza, por prepararle el camino; los cismas de dos siglos lo habian justificado; los Concilios de Basilea, de Florencia lo habian traído; el mundo lo esperaba, y lo anunciaba el arte; y no tuvo más que presentarse y pronunciar la palabra Reforma para sublevar á la conciencia germánica contra la autoridad de Roma. Quizá nuestro siglo no está preparado para una obra así, y los defectos que encontramos en el evangelista, sean defectos de los evangelizados. De todos modos, el uno, y el otro, el reformador alemán y el reformador francés, sembrando muchos principios de libertad en la conciencia, han sembrado en el suelo muchos gérmenes de democracia y de República.

### CAPITULO III.

#### DE LA CRECIENTE AGITACION REPUBLICANA EN FRANCIA.

Crecia, y crecia de una manera verdaderamente extraordinaria la agitacion democrática entre nuestros vecinos, los franceses. Tres causas principales concurrían á impulsar este movimiento: la convocatoria del Concilio que encrespaba las conciencias; el temor de una próxima guerra con Prusia que enardecia los ánimos, el triunfo de la revolucion española que daba esperanzas á los reformadores, á los revolucionarios, á los que estaban por los profundos cambios, mientras desesperaba á los que estaban por la quietud y por la estabilidad. En aquel verano de 1868 cometió el Emperador dos faltas políticas, que mostraban su debilidad personal, su decaimiento cuando solo estaba abandonado de alianzas á las eventualidades de la fortuna. Fué á Froges, y pronunció un discurso pacífico, mientras el Rey de Prusia pronunciaba en Kiel un discurso guerrero; fué á Biarritz, y decidió mostrar su alianza con la dinastía de los Borbones por medio de una aparatosa visita á San Sebastian mientras el trono de los Borbones se venia á tierra con

estrépito. En la recepcion tristísima que la familia imperial reinante consagró á la familia real destronada veian hasta los más imprevisores hondos presentimientos de una igual desgracia. Y nada hay tan tímido como los elementos conservadores, nada tan audaz como los elementos revolucionarios. Los elementos conservadores como quiera que su fuerza está en el reposo, se desconciertan al menor cambio; como repugnan la lucha, se desesperan al menor contratiempo; mientras que los elementos revolucionarios viven y crecen y se agrandan desmedidamente en el seno de las tempestades. Un trono suprimido, una dinastía destronada, un elemento de resistencia ménos en el mundo, un elemento más de revolucion; ¡qué fuerza para los reaccionarios y qué debilidad para los conservadores! Todos aquellos pueblos mal avenidos con sus dinastías, ó donde una parte considerable de los ciudadanos aborrece á sus dinastías, estudian los medios de destruirlas prontamente, los plagian de los pueblos vecinos, traducen su revolucion, imitan sus conjuraciones,